

Films de Amour

ILUSIÓN

NÚM
305



Kay Francis
William Boyd

25
CTS.



MEHNDES, Lothar

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234-Apodo 707-Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería-Barbará, 74 y 76-Barcelona

"ALAS"

NO VIL APARECE LOS JUEVES NÚM 305

The ILLUSION, 1929 ILUSIÓN

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por la genial

KAY FRANCIS

Narración de HARRY BALTSMORE

Producción
de la invicta
m a r c a



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

INTERPRETES

Tina	KAY FRANCIS
Doctor Marcy	William Boyd
Arnold Grant	Conway Tearle
	Nancy Carroll

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Charly "Buddy" Rogers

PRIMERA PARTE

Eran las nueve y veinticinco minutos de la noche y una lluvia torrencial encharcaba los caminos, haciendo casi intransitable el trayecto que separa la ciudad de la estación. A aquella hora de la noche y sin preocuparse del mal estado del terreno un automóvil se dirigía rápidamente hacia la estación y con tal velocidad que sus ocupantes tuvieron que llamar la atención del conductor diciéndole:

— Más despacio, chofer... ¡Nos va usted a estrellar!

El conductor, sin mover siquiera la cabeza se limitó a responder:

— Tengo orden de embarcaros en el tren de las nueve y media.

Y en efecto, minutos antes de la partida del tren el automóvil llegaba a la estación. El mismo chofer ayudó a los viajeros y éstos

subieron rápidamente al convoy antes de que partiera.

Los que habían venido en el coche se reducían a dos parejas. Una de ellas estaba formada por un tal Peter y Rosa. El era un jugador ventajista, tímido de oficio y vago de solemnidad. Rosa para no desmerecer de su novio llevaba la misma vida que él y para ella la moral era un mito que apenas si había reparado en ella.

La otra pareja la formaba el doctor Marcey, un hombre de unos treinta y cinco años de edad, elegante, de formas correctas y que sabía ocultar bajo una capa de distinción la vida aventurera que llevaba. Su compañera se llamaba Tina, era una mujer de una belleza extraordinaria, sus ojos grandes y negros, al mirar parecía acariciar y en ellos se advertía un aire de cierta melancolía como si no estuviese conforme con la vida que se veía obligada a llevar.

Los cuatro entraron en su departamento y Rosa fué dando órdenes al empleado del tren diciéndole finalmente:

— La maleta del doctor Marcey póngala en la cama baja.

Terminada su tarea de colocar los pocos bultos que llevaban, el empleado volvió a salir y al quedar solos el doctor le dijo a su amigo:

— La próxima vez que vuelva a pasar lo de hoy, te mato.

Peter quiso disculparse y le respondió:

— La culpa no ha sido mía. Yo ya había escamoteado la carta, estaba seguro de que nadie nos veía.

Tú siempre estás seguro — respondió de mal humor el doctor — pero el caso es que nos echan de todas partes... Tina tiene que marcharse una vez por causa mía... ¡Como vuelvas a equivocarte, te la cargas!

Hay cosas que no se pueden evitar — volvió a decirle Peter —. Bien sabes que pongo todo mi cuidado.

El doctor lo miró despectivamente y al fin le respondió con indiferencia:

— Lo que eres es un chapucero... ¿no te parece Tina?

Tina, que apenas si ponía atención a las palabras del doctor al verse interrogada respondió con manifiesto mal humor:

— ¿Te crees que yo estoy conforme con esta vida?... ¿Qué hemos sacado de provecho hasta ahora?... Ir comiendo nada más, y menos mal que hemos salido con vida del hotel Woodside... Yo estoy cansada de andar de una parte a otra sin objeto alguno.

— ¿Por qué volviste entonces? — preguntó con cierto cinismo Rosa —. Nadie te llamó.

— Dices bien, pero otra vez me marcharé de vosotros. Estoy cansada de esta vida de



— ¿Crees que se encuentran oportunidades como ésta?

miseria y de engaño, quiero buscar un poco de paz, es lo menos que puedo exigirle a la vida.

Rosa se echó a reír alegremente y con gran descaro les dijo a sus compañeros burlándose de los sentimientos de Tina:

— ¿Habéis oído? La señorita quiere paz... ¿Tal vez ingrese en el ejército de salvación?

— ¡Cállate! — le gritó el doctor, que le in-

dignaba que aquella mujer molestase a su compañera. Pero Rosa sin intimidarse por el tono enérgico del doctor exclamó:

—No quiero callarme... Ya estoy harta de que siempre esté amenazando con lo mismo... Dejéla marcharse de una vez y que nos deje tranquilos.

En aquel momento se abrió la puerta del vagón y apareció el empleado que les había llevado los billetes, quien le dijo al doctor Marey:

—Usted perdona señor, pero he oído llamar a usted doctor y vengo a buscarlo.

—¿A mí? — preguntó inquietamente Marey. — ¿Para qué?

—Vaya en este tren una señora que se ha sentido de repente gravemente enferma.

—Lo siento — respondió el doctor Marey —, pero hace tiempo que no práctico y no puedo visitarla.

—¿Y será usted capaz de dejarla morir? — preguntó asombrado el empleado del tren.

El doctor Marey comprendió que de seguir negándose daría lugar a suscitarse sospecha y terminó marchando con el empleado, mientras que Rosa le decía a su amigo:

—Me parece que nos van a echar en la próxima estación.

SEGUNDA PARTE

Cuando el doctor Marey entró al departamento donde se hallaba la enferma encontró acostada sobre la cama a una mujer de unos cuarenta años. Era alta, morena y en su rostro se advertía un terrible sufrimiento. Al ver al médico intentó incorporarse, pero éste la detuvo con un gesto al mismo tiempo que la decía:

—Estése quieta para que la examine...

La auscultó detenidamente y después de aquel examen se convenció de que la infeliz viviría muy pocas horas.

—¿Cree usted que podrá llegar a Nueva York? — preguntó con tristeza la mujer.

—Ya lo creo que llegará — respondió el doctor dándole ánimos—. Llegará usted y se pondrá buena.

—Es que quiero verlo, doctor — exclamó la enferma—. ¡Quiero ver a mi hijo y si usted me cura él le pagará todo lo que le pida!

Sacó de debajo de la almohada un retrato

con una dedicatoria y se lo entregó al doctor diciéndole:

—Es mi hijo Phillin.

El doctor después de examinar la fotografía y la firma de quién lo dedicaba preguntó sorprendido:

—¿Es usted pariente del banquero Stanley Bellows?

—Era mi esposa—respondió débilmente la enferma.

Volvió la mujer a quedar sumida en una especie de letargo y el doctor llamó al empleado que le había avisado diciéndole:

—Tenemos que llevarla al hospital con urgencia. En la primera estación pida una ambulancia.

—Está bien, señor—respondió el empleado.

Y algunos minutos después, sin tener tiempo de despedirse de sus amigos, el doctor Marry iba dentro de una ambulancia acompañando a la infeliz mujer que se sentía morir por instantes.

La infeliz viéndose en aquel trance supremo de su vida quiso hacer confidencia de ella al doctor y le fué refiriendo los detalles más importantes de su existencia hasta que terminó diciéndole:

—Me escapé con Jim Swanson y tomé su nombre. Mi marido hace tres años que murió, aquí tengo todos los documentos que

acreditan quién soy y cuanto me pueda servir para hacerme reconocer por mi hijo.

El doctor la oía tranquilamente, pensando que tal vez antes de llegar al hospital aquella infeliz habría dejado de existir. Sus presentimientos no fallaron y cuando Tina, que así se llamaba también la enferma, llegó a la casa de beneficencia ya no era más que un cadáver y sus documentos habían pasado a ser propiedad del doctor. Este redactó el certificado de defunción y se fué sin preocuparse más de aquella mujer que tan incidentalmente se había cruzado en su camino.

Mientras tanto, sus compañeros, extrañados por la ausencia del doctor, preguntaron por el empleado del tren que los dijo:

—El doctor se apeó con la enferma y ha dejado dicho que se varían en el hotel Becon de Chicago.

Peter temió de que Tina no quisiese seguir el viaje con ellos y le preguntó:

—¿Vendrás con nosotros a Chicago?

—Ya lo creo que irá—respondió Rosa maliciosamente—. Tendrá interés en despedirse del doctor, con más efusión que él lo ha hecho.

Tina, sin querer responder a la provocación de su compañera optó por acostarse decidida a despedirse para siempre del doctor Marry, a quien en algún tiempo creyó que amaba.

TERCERA PARTE

Dos días después en el hotel Besson de Chicago, el doctor Marcy detallaba a sus amigos cuanto le había ocurrido y expresaba la idea concebida de que Tina se hiciese pasar por la madre de aquel muchacho y poderle sacar unos cuantos miles de dólares. Tina se resistía a encarnar aquel papel de madre, pero ante las súplicas de sus amigos, terminó diciendo:

—¿Cuánto tiempo hace que no había visto a su hijo?

—Catorce años. Las cartas de su padre están en ese bolso y no tendrás dificultad en aprobar que eres su madre.

—¿Y este collar?

—Este collar —significó diciéndole el doctor— lo llevaba ella siempre. Es una joya que te puede servir de mucho, para que el muchacho te reconozca... Me lo dijo ella antes de morir...



—¿Quieres leerla?

Tina sintió cierto reparo en suplantar a una madre que había muerto y exclamó:

—Debe ser horrible morir alejada de los seres queridos... morir completamente sola.

—Ya te he dicho que yo estuve a su lado, hasta el último momento —respondió riendo el doctor.

—Claro que no te dirías que estás postergado por los médicos —le dijo bromeando Peter.

El doctor Marey se volvió a él y le reprochó duramente diciéndola:

No te permito bromas de esas... No quiero que nadie sepa que he sido expulsado del colegio de médicos... Además no es el momento de hacer chistes. Estamos tratando algo muy serio... Tina suplantará a esa mujer e irá a ver a su hijo. Si ella lo quiere procurará secarle todo el dinero que pueda y en caso contrario lo exigirá una buena cantidad para desaparecer... Toma — terminó diciéndola a Tina — aquí tienes las cartas para que puedas adquirir detalles de la vida de esa infeliz. Lo único que me preocupa es que eres demasiado joven... Tendrás que arreglarte de forma que aparezcas tener más edad.

—Eso es difícil — exclamó Rosa — Todo el secreto está en el tocador y en ropero.

Tina, que apenas había hablado, dejó que se fuesen Rosa y Peter para decirle a su amigo:

—Marey, yo no estoy dispuesta a hacer lo que dices.

—¿Por qué? preguntó extrañado él — ¿No desearías que quieras paz y tranquilidad? Pues si esto no sale bien, que nos saldrá, no tendrás que preocuparte en todos los días de tu vida...

—Es que suplantar a una madre es algo que se me hace odioso. Pienso que soy mujer y que como tal llevo dentro el instinto de maternidad...

El doctor se echó a reír de aquel sentimentalismo de Tina y terminó diciendo:

No seas pusilánime que eso es muy fácil... Todo consiste en derramar a tiempo unas lagrimitas... Es la última vez que ves a hacer algo por mí y no vas a traicionarme...

Pero ¿y si alguien se da cuenta de que no soy la madre del muchacho?

—Nadie sospechará nada. No hay más paciente que una tía y ésta está en Europa.

Tampoco hay criados antiguos... Bellows vivió en Detroit y cuando su mujer le dejó, se fue a vivir a Nueva York y allí amasó una fortuna para su hijo, hasta que murió tranquilamente.

—Está bien — terminó diciendo Tina — Hoy mismo escribiré anunciando mi llegada para mañana.

Al día siguiente, cuando Tina descendió del tren, se encontró con un criado en la estación que se acercó a ella diciéndole:

—¿Es usted la señora Bellows?

Tina afirmó con la cabeza y el criado volvió a decirle:

—El señorito Philip me envía a buscarla. El no ha podido venir.

Le indicó el coche que había traido consigo y poco después Tina entraba en la suntuosa mansión donde vivía el muchacho de quién tenía que fingirse madre.

Sin que ella lo pudiese evitar, al encon-

trarse en aquella casa, sentía cierto reproche de conciencia por la acción que iba a realizar, mas sobreponiéndose a este sentimiento entró decidida, saludando a los criados que habían acudido a abrir la puerta.

Uno de ellos, después de responder a su saludo, le dijo:

—Señora, el señorito Phillip está arriba... voy a anunciar su llegada.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Tina vio en lo alto de la escalera a un joven de unos diecisiete años, acompañado de otro hombre que representaba tener unos treinta. Comprendió que aquel era Phillip y la simpatía que se reflejaba en el rostro de él produjo una mayor emoción en el ánimo de Tina.

El muchacho al oír la voz de la recién llegada le dijo a su compañero:

—¿Me dejas que vaya yo solo a recibirla?

Y sin esperar la contestación del otro bajó lentamente las escaleras, hasta llegar cerca de Tina a quien dijo con dulce emoción:

—¡Madre!

Buscó el lugar donde estaba ella y Tina, estrechándolo en sus brazos sintió que las lágrimas afluían a sus ojos, al ver que el desgraciado era ciego.

—¡Madre! — siguió diciéndole él — ¿Vienes de muy lejos?

—Sí, de muy lejos — respondió Tina, cada vez más emocionada, mientras que el

compañero de Phillip la observaba desde lo alto de la escalera.

—Entonces estarás fatigada — volvía a decirle el joven, cogiéndose de su brazo y llevándola hacia una habitación contigua al hall—. Ven que nos sentaremos y hablaremos un poco.

Se sentaron los dos en un sofá que había en la sala y Phillip, con el mismo cariño de siempre siguió diciéndole:

—Siempre he tenido el presentimiento de que volvería a verte... claro que ahora no puedo, pero quizás pueda verte pronto.

Y mientras hablaba acariciaba cariñosamente a Tina, que se sentía intensamente conmovida por la bondad de aquel muchacho, a quien trataba de timar, fingiendo ser aquella madre a quien él demostraba querer tanto.

—Claro que verás pronto — le dijo Tina —. Estoy segura de que pronto te curarás. Y ya verás qué felices seremos entonces. He mandado que tu habitación la pongan arriba desde donde se puede admirar un hermoso paisaje, pero si no te gusta, buscaremos otro sitio que sea de tu agrado... Lo único que quiero es que te quedes conmigo.

En aquel momento oyó la voz de su compañero que entraba, seguido de una enfermera y se lo presentó diciéndole:

—Mr. Arnold Grant... Quiero presentarle a mi madre.

Grant se adelantó hacia Tina y mirándola fijamente le ofreció su mano al mismo tiempo que la decía cortésmente:

—Mucho gusto en conocerla, señora.

El joven le presentó también a la enfermera y le dijo:

Mamá, esta es Alicia... Se ocupa mucho de mí.

—El señorito Phillip ha estado todo el día hablando de usted — respondió la enfermera —. Tenía grandes deseos de que usted llegase.

Tina sonrió sin saber qué decir y la enfermera acercándose a Phillip le dijo:

—Ahora tiene que descansar y luego hablaremos todo lo que quiera con su madre.

Phillip sonrió aviniéndose a la recomendación de la enfermera y al quedar solo con Grant, éste le dijo:

—Phillip perdió la vista hace dos años en un accidente de aviación... No creo que haya esperanzas de que la recobre más.

Tina se sentía turbada ante la insistencia de la mirada de aquel hombre y él de pronto, como si quisiera sorprenderla le preguntó:

—¿No se acuerda usted de mí?

—En este momento no puedo precisar — respondió ambiguamente Tina.

—Yo era el abogado y administrador de



Se encargó ella misma de cuidar al enfermo.

su esposo — le dijo Grant —. Sólo tuvo el gusto de verla una vez... Su esposo tenía el escritorio lleno de retratos suyos... ¡Cuánto se cambia en estos años!... Cuando usted se fué, su marido rompió todas sus fotografías, creyendo que sería un recuerdo constante para él... ¿Y ahora qué planes tiene usted?

—Mis planes son muy vagos — respondió Tina —. No sabía cómo me recibiría Phillip y no había pensado nada todavía.

—¿Se quedará usted aquí? — preguntó el abogado.

—Hoy no podría quedarme, pero mañana me instalaré definitivamente al lado de mi hijo.

—Entonces, no quiero retenerla más, hasta mañana.

—Hasta mañana — respondió Tina despidiéndose.

Saló de la casa de Phillip y se dirigió al hotel. Se cambió de ropa y poco después se dirigió al restaurant donde sabía que la esperaba el doctor Marcy.

Este, al verla, la hizo sentar junto a él y le preguntó inmediatamente:

—¿Qué noticias tienes?... ¿Te dejaron entrar?

—Nadie me ha reconocido — respondió Tina —. Un criado fué a recibirme a la estación. ¡El pobre muchacho está ciego!

—Mejor para nosotros — exclamó el doctor —. Ya te estoy viendo con toda una mamá.

—No lo creas tan fácil — exclamó Tina—. Comencé a fingir, pero al darme cuenta de que estaba ciego perdí el ánimo y creo que eso Grant sospecha algo.

—No te preocupes. Puesto que él mismo te ha pedido que te quedes, trabaja bien tu papel y ya verás como suelta el dinero... Ya verás qué vacaciones nos vamos a dar.

Pero Tina, que no estaba conforme con aquella manera de obrar, intentó nuevamente oponerse diciéndole:

—Oye Marcy, ¿por qué no busquemos otra cosa?... Esto me remueve la conciencia.

—¿Crees que se encuentran oportunidades como esta todos los días? Ahora estás nerviosa, nos iremos a casa a descansar para que estés preparada para mañana. Si Grant, ese abogado, se mete contigo, avísame.

Salieron del restaurant dejando allí a Peter y a Rosa y al día siguiente Tina, hábilmente caracterizada como el día anterior se fué a casa de Phillip. Ya hacía rato que el muchacho la esperaba y en cuanto la oyó corrió a besarla diciéndole:

—¿Has tardado mucho, mamá!... ¡Tengo tantas ganas de estar a tu lado! Mira, mientras ventas me he entretenido en escribirte esta carta... ¿Quieres leerla?

Tina emocionada por aquella bondad y aquel cariño que le expresaba Phillip, cogió la carta que había escrito y leyó su contenido que decía:

—Querida mamá: Me alegro mucho de que hayas vuelto y más todavía que te quedes conmigo... Tú sabrás cuidar al pobre ceguécito y cuando yo esté bueno podré verte y besarte con tanto cariño como el que ahora siento por ti.

Tina a penas si pudo contener las lágrimas que le causaban aquella expresión sincera de cariño y mentalmente pensó en la madre muerta, en aquella otra que hubiera cuidado con mimo a aquel pobre muchacho, que sin malicia alguna ofreció todo su cariño. Recordando a la muerta estrechó en sus brazos a Phillip que le preguntó:

— ¿Por qué no escribiste antes, mamá?

— Porque tenía miedo — respondió ella —. No sabía lo que tú pensarías de mí y si no me lo hubieras pedido, hoy no habría vuelto.

Phillip seguía acariciando a su madre y finalmente dándose cuenta de que el traje que llevaba estaba cosido le dijo:

— Este traje debe ser muy usado, madre... ¿Por qué no llevas en las manos ninguna sortija?

— Porque tuve que empeñarlas, hijo mío — respondió ella —. La vida ha sido muy dura para mí.

Phillip la acarició amorosamente y le dijo apenado:

— Debes haber sufrido mucho, pero ya no sufrirás más... Tendrás vestidos... Joyas...

— Eso es lo de menos — respondió Tina —. Lo que más me preocupa es que tengo deudas, debo mucho... Miles de dólares...

— ¿Miles de dólares? preguntó sonriendo Phillip —. No importa... Yo las pagaré to-

das... Ahora tengo que ir con Alicia, es muy severa pero en cuanto esté libre volveré a tu lado.

Salió el muchacho y poco después entró el abogado. Tina le desahó con la mirada y estremándose con él le dijo:

— ¿Ve usted cómo ha vuelto?

— Me alegro — respondió Grant —. Sepa que Phillip estará muy contento de tenerla aquí. Desde que llegó usted ayer parece que ha injectado nueva vida... El muchacho estaba enfermo... moribundo...

— ¿Y ha mejorado? — preguntó con alegría ella.

— Ha mejorado, pero es solo aparentemente... Ningún médico tiene esperanza de salvarle... El lo sabe, pero finge no darse cuenta, para no apenar a los demás.

— ¿Y cuánto durará? — preguntó anhelante Tina, sintiendo la enfermedad de Phillip como si fuese su propio hijo.

— Nadie lo sabe — respondió el abogado —. Cualquier choque, por insignificante que sea, puede matarlo...

— Pero nosotros procuraremos que sea feliz — exclamó con gran sinceridad Tina.

— Así lo espero — respondió el abogado —. Yo he creído conveniente decirle esto, para que sepa usted a qué atenerse.

— Se lo agradezco, Mr. Grant — respon-

dió Tina, que interiormente y a medida que pasaba el tiempo en aquella casa, iba haciéndose más ilusión de que era madre y de que había vuelto a encontrar a su hijo, a aquel hijo por quien tanto había suspirado siempre y que jamás había tenido.

No deie de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

CUARTA PARTE

Hacia ya una semana que Tina estaba al lado de Phillip, una semana durante la cual se sentía intimamente feliz con la compañía del muchacho, de quien no se separaba nunca. Nadie que la hubiera visto habría dudado de que era en efecto la verdadera madre, pues ninguna lo hubiera cuidado con igual solicitud. Una tarde, mientras hablaban los dos en un pabelloncito cerca del despacho de Phillip éste se levantó de pronto diciéndole a Tina:

—Espera un minuto. Quiero darte una sorpresa.

Entró en el despacho y le dijo a Grant que estaba trabajando:

—¿Quieres hacerme un favor, Arnold?

—De qué se trata? — preguntó éste.

—Pues sencillamente de que he pensado de que si a mí me sucediese algo, esta casa y

todo mi dinero serían para mi tía Luisa, ¿no?

— Así es, pero puedes desvelar tus temores, porque no te sucederá nada — respondió optimista el abogado.

— Es que si me sucediera algo mi madre no recibiría nada, volvería a quedar otra vez en la miseria y quiero ayudarla, quiero entregarle un cheque de cincuenta mil dólares...

— No te aconsejo que lo hagas, Phillip — respondió el abogado —, pero si es esto tu deseo, lo extenderé.

— Sí, sí, extiéndelo — respondió el muchacho. Y cuando ya lo tuvo en su poder, salió a buscar a su madre y se lo entregó diciéndole:

— Toma, mamá. Aquí tienes la sorpresa que quería darte... ¡Si vieras qué alegría siento de poder ser útil a una persona a quien tanto quiero como a tí!

La emoción de aquella alegría produjo cierto cansancio en el joven y se despidió de Tina diciéndole:

— Me siento algo fatigado y me voy a descansar. Te veré a la hora de la cena.

La besó cariñosamente y se fué con la enfermera, mientras que Tina se quedaba con el cheque en la mano sin saber qué hacer con él. Precisamente su misión era la de sacarle dinero y ahora cuando él mismo se lo entregaba voluntariamente, aquel cheque le



La enfermedad de Phillip iba agravándose.

quemaba las manos y hasta dudaba si hacerlo efectivo.

En aquel instante apareció el abogado y sin decirle nada cogió el cheque que tenía en las manos y lo rompió. Por aquel acto comprendió Tina que el abogado dudaba de ella, pero antes de que tuviera tiempo de protestar apareció Alicia llamándola y diciéndole:

— La llama a usted el señorito... Ha su-

frido un ataque... Creo que es el más fuerte de todos.

Tina corrió a la alcoba donde estaba Phillip y con un cariño verdaderamente maternal se encargó ella misma de cuidar al enfermo.

Durante varios días no se apartó del lado de Phillip. Para ella no existía ni el sueño ni el apetito. Todo el tiempo le dedicaba en atender al pobre muchacho y Grant la miraba en muchas ocasiones sintiéndose gratamente atraído por aquella mujer. Estaba seguro de que era una chantagista, pero también creía que algo ajeno a la voluntad de ella era lo que la obligaba a obrar de aquella forma.

La enfermedad de Phillip iba agravándose por minutos y el sufrimiento corporal del enfermo, se adivinaba en el dolor moral que experimentaba Tina. Aquella gran ilusión de su vida, aquel gran cariño que siempre había sentido ella por la maternidad iba esfumándose y suavemente se apartaba de ella con la proximidad de la muerte de Phillip.

Hacia varios días que ni siquiera sabían de ella sus compañeros y en vista de este silencio el doctor Marcy telefonó preguntando por ella. La criada le pasó el recado y Tina, le dijo:

—Diga que no estoy y que no sabe cuando volveré.

Pero aquella contestación no satisfizo al doctor, quien inmediatamente se dirigió a casa de Phillip. Dio la casualidad de que al entrar salía de la habitación Tina y la paró para decirle:

—He venido para hablar contigo.

—Aquí no puede ser— respondió Tina, advirtiéndole que Grant la observaba.

Pero, no obstante el doctor, bajando la voz para que solamente ella pudiera oírlo le dijo:

—Telefoné y me dijeron que no estabas y que quizás no volverías, entonces creí que te habías cargado con el dinero.

—El muchacho está enfermo y no he podido conseguir nada — respondió ella.

—Mejor que esté enfermo, así no te estorbará cuando hayas conseguido el dinero.

—No lo conseguiré, porque no lo pediré — respondió enérgicamente Tina — Ya me dió un cheque en cierta ocasión y Grant lo rompió.

—¿Que lo rompió y luego dejó que siguieras aquí?... Me hace sospechar que esa actitud de Grant y tú... Pero sea lo que sea, oye me lo que voy a decirte. Si mañana a las diez no tienes el dinero, se lo diré todo a Phillip y al abogado... ¡Ya verás lo que más te conviene!

Y sin esperar la respuesta de ella, se fué de la casa, dispuesto a volver al día siguiente.

to a recoger el dinero que tendría ya en su poder Tina.

Pero aquella misma tarde la gravedad de Phillip se precipitó y antes de la noche murió el infeliz muchacho.

Por lo mismo cuando al día siguiente llegó el doctor y Tina, sintiéndose con más fuerza que el día anterior, puesto que ya nada tenía que temer, le preguntó:

—¿Qué quieres aquí?

—Yo sé lo que quiero — respondió el —, Rosa y Peter están metidos en un lío... Si no puedo arregiarlo, pronto tendrás aquí a la policía... Con que dame el cheque y dejémoslos de tonterías.

—Yo no tengo ningún cheque — respondió ella —. Ni siquiera he tratado de pedirlo.

—¿Me has traicionado entonces? — exclamó indignado el doctor —. Pues verás lo que te pasará cuando Phillip lo sepa.

—No podrás decirle nada — exclamó con gran sentimiento Tina —, porque el pobre ya muerto ya.

En aquel instante entró Grant y sonriendo burlescamente exclamó:

—¿Me parece que mi visita no será inoportuna?... ¿Deseaba usted algo?

He venido a llevarme a Tina — respondió el doctor.

—No creo que sea cosa tan fácil — replicó Grant —. Además su presencia aquí ne-



—¿Me has traicionado?

cesita una explicación... Sé quién es usted, porque vi su nombre en el certificado de defunción de la madre de Phillip. Sé que fue expulsado del colegio de médicos por indigno. Cuando mencione este hecho a la policía, creo que no estará tan tranquilo...

—Muy interesante todo eso que ha averiguado usted — respondió el doctor —, pero Tina y yo nos vamos ahora mismo.

El abogado se puso a la puerta como impidiéndole que saliese y le dijo:

—¿No quiere usted a sus amigos, los policías, que están al llegar?

El doctor al verse perdido, se metió la mano en el bolsillo de la americana y amenazándole con la pistola que llevaba le dijo:

—¡Quítese de esa puerta!

Tina se interpuso entre el doctor y Grant diciéndole:

—No permitiré que disparas.

—¿Me has traicionado?

—Poco me importa lo que puedas creer de mí — respondió ella —. Yo creía que la vida no tenía más objeto que sacar de ella todo lo que se pudiera. Te hice caso y me dediqué a engañar a un pobre muchacho que buscaba el amor de una madre que no conocía... Yo me había olvidado que existía el amor, a su lado, por primera vez di y no quité nada. Tú sabías que quería a Phillip y sin embargo no tenías reparo en matar mi ilusión y matarlo a él... ¡Esto no te lo perdonaré jamás!... ¡No iré contigo, ni ahora ni nunca!... ¡Prefiero que me mates!

El doctor la miró despectivamente y al fin le dijo:

—Si así piensas puedes quedarte.

—Salga por esta ventana que encontrará el camino más fácil — le dijo Grant.

El doctor no se hizo repetir la orden y cuando quedó solo con Tina, le preguntó:

—¿Qué piensa hacer ahora?

—No sé — respondió ella —. Me buscaré la vida como pueda. Después de la muerte de Phillip me encuentro tan sola, que ya nada me importa.

—Lo mismo que a mí — exclamó Grant, mirándola amorosamente —. ¿Por qué no unimos las dos soledades y formamos un hogar feliz?

Tina lo miró sorprendida, lo que menos podía ella esperar de aquel hombre era una confesión así. Y ante la duda de ella, Grant le cogió una mano y estrechándola fuertemente le dijo:

—¿Quiere que seamos los dos felices?

Tina no respondió, pero bajando la cabeza, dejó que el abogado la besara, como síntoma de que por fin iba a conseguir la ilusión de su vida, de vivir en paz dentro de un hogar bonrado.

FIN

Cuentos de colores

Colección
amena y
sugestiva

Cuentos verdes
(No apta para señortas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

— PÉDIDOS A —

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
cubio del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Plaquitas gratis

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
- BARBARA HENT - BEN LYON.

Producción: **ARTISTAS ASOCIADOS**

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por
los artistas RONALD COLMAN y HELEN HAYES.

Producción: **ARTISTAS ASOCIADOS**

LA ÚLTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRYMORE y
HELEN TWELVETREES.

Producción: **H. K. O. Exclusivas SICE**

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EGGERTH y MAX JANSEN

Exclusivas: **HUET**

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran héroe SESSUE
HAYAKAWA - ANA MAY WONG - WALTER OLAND.

Producción: **PARAMOUNT FILMS**

Pida el nuevo Catálogo Ilustrado de las inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona